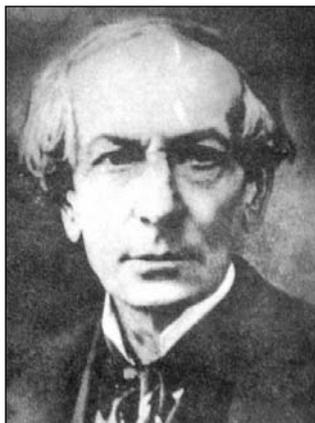


ALGUNAS NOCIONES EN TORNO A LA IDEA DE NACIÓN EN EL PENSAMIENTO DE VICO Y HERDER, Y SUS PROYECCIONES EN EL PENSAMIENTO ALBERDIANO

Susana Inés Herrero Jaime
(Universidad Nacional de Tucumán)



En el presente trabajo se indagan las tensiones del pensamiento de Juan Bautista Alberdi que surgen de las pugnas de las corrientes Romántica e Ilustrada recibidas en su formación. Se presta en el trabajo una especial atención a las proyecciones que en el pensador argentino tienen las ideas de Vico y de Herder como exponentes de ambas posturas en la Filosofía de la Historia.

PALABRAS CLAVE: G. Vico, J. B. Alberdi, J. G. Herder, F. Chávez, I. Berlin, J. Meyers, K. Löwith, Ilustración, Romanticismo, Filosofía de la Historia, Historicismo.

This paper enquires for the tensions underlying Juan Bautista Alberdi's thought, tensions that emerge from the struggles that took place between the Romantic and Enlightened trends, which he perceived during his education. Special attention is paid to the influences of the ideas of Vico and Herder in the argentinian thinker, as respective holders of each one of these two positions.

KEYWORDS: G. Vico, J. B. Alberdi, J. G. Herder, F. Chávez, I. Berlin, J. Meyers, K. Löwith, Enlightenment, Romanticism, Philosophy of History, Historicism.

Fermín Chávez en su libro *Historicismo e Iluminismo en la Cultura argentina*¹ nos abre al debate sobre las influencias y las consecuencias de estas líneas de pensamiento sobre algunos de nuestros pensadores más influyentes. Desde una marcada simpatía hacia el romanticismo, el autor critica la adopción por parte de algunos intelectuales a la corriente Ilustrada, a la que se refiere como ideología de la dependencia.²

A grandes rasgos, la crítica de Chávez se asienta en la inconveniencia de su adopción en un momento excepcional de nuestro país, dónde uno de los problemas fundamentales era el de la constitución de una identidad nacional. Como explica Myers, este problema era el problema de “la Nación”, cuestión que se intensificaba en un país nuevo como el nuestro, por la indefinición propia de un Estado de creación reciente.³

Según Chávez, una de las consecuencias de pensar un Estado naciente desde el paradigma Iluminista es el desprecio por las formas culturales propias, que comienzan a considerarse como un producto marginal que no cuenta para la nación. Esta concepción se resume muy bien en la dicotomía civilización-barbarie acuñada por Sarmiento que, aplicada a nuestra situación, degenera en un nuevo sentido que, considero, nos resulta útil como categoría de análisis.

Sarmiento, invirtiendo el concepto griego de *barbarie*,⁴ declara como bárbaro todo lo americano. Según Chávez, el triunfo de esta fórmula europeizante, generó trastornos sociológicos profundos para los argentinos, entre aquéllos la imposibilidad de la creación de una filosofía nacional, como reclamaba Alberdi, fundamental para la emancipación y el desarrollo. Ante este panorama de la utopía Iluminista a-histórica según nuestro autor, la única posibilidad para la inteligencia hispanoamericana era apropiarse del historicismo como única idea factible y adecuada al proceso de desarrollo de nuestra autoconciencia nacional.

Alberdi, autor que trabajaremos en este ensayo, puede acercarse un poco más a esta postura, y, por lo tanto, criticar el oxímoron civilización-barbarie entendido en el sentido sarmientino. Sin embargo, no es lícito decir que el tucumano no presenta atisbos de la corriente opuesta en sus ideas; por el contrario, el pensamiento alberdiano fue una permanente oscilación entre el historicismo que lo acercaba al país y a su pueblo, y las abstracciones de la Ilustración, que alienaron la vida intelectual argentina al finalizar la primera década de la Revolución de Mayo.⁵

En el presente trabajo intentaré indagar aquellas tensiones del pensamiento alberdiano que surgen de las pugnas de las corrientes Romántica e Ilustrada recibidas en su formación. Como exponentes de ambas posturas tomaré a Vico y a Herder, autores fundamentales en Filosofía de la Historia, prestando atención a las proyecciones de sus ideas en el pensador argentino. Debido a la profundidad y dificultad de los autores, es necesario circunscribir las reflexiones y elegir un hilo conductor que nos oriente en la investigación. En este caso, serán las consideraciones que los autores mantienen respecto de la idea de nación. No es una tarea sencilla la que nos proponemos, por lo que será necesario plantear algunas cuestiones previas para entender las ideas de Vico y Herder en este asunto, e inferir de ellas el núcleo que nos interesa. Las secciones primera y segunda de este trabajo estarán destinadas a cumplir ese objetivo. Una tercera sección estará constituida por los aspectos herderianos y viquianos que se vislumbran en el pensador argentino. Si bien me adhiero a la idea de Chávez de la existencia de una tensión en el pensamiento de Alberdi, defenderé que en sus reflexiones no podemos dejar de advertir un pensamiento propio y de una riqueza excepcional.

I. Vico, consideraciones generales

La originalidad del pensamiento de Vico y la reivindicación de la importan-

cia de la historia, no pueden comprenderse de manera cabal sin atender a su oposición al cartesianismo. Según su opinión, los modernos han introducido grandes progresos en algunas ciencias, especialmente la física y la matemática, pero han subestimado las ramas del estudio vinculadas a la voluntad humana, que no pueden tratarse con el mismo método de aquéllas. Vico critica la noción cartesiana de claridad y distinción de las ideas como criterio universal de la verdad. Puede servir como criterio en matemáticas y a la geometría, pero sólo por el hecho de que estas ciencias son constructos, creaciones de los hombres. Esto nos lleva a aseverar que los únicos objetos que podemos conocer de punta a punta –en el sentido exigido por Descartes– son aquellos que hemos creado por completo. Esta idea particular se explica en relación a un principio más amplio: el auténtico conocimiento puede ser conocimiento sólo *per causas*, esto es, como nos explica Löwith que: “Sólo sabemos verdaderamente y de manera fundada aquello que nosotros mismos hemos hecho o causado”.⁶ Esta idea a su vez ilumina el significado de la famosa frase de Vico: “La verdad (*verum*) y lo hecho (*factum*) son convertibles”.⁷

La consecuencia de esto es el establecimiento de una separación entre el mundo de los hombres y el de la naturaleza. Si no hemos creado la naturaleza, ésta nos resultará siempre más opaca que nuestro mundo social. Esta distinción es la que nos abre a la comprensión del origen y la historia de las naciones, ámbito que los filósofos han descuidado tras empeñarse en conquistar la ciencia del mundo natural, y que podemos comprender de manera más completa por ser nosotros quienes lo hemos producido.⁸ La sociedad, las leyes humanas, el lenguaje y la literatura, son todas obras del hombre y, por lo tanto, el hombre puede verdaderamente entenderlas, así como entender los principios de su desarrollo. Vico discute los principios de esta ciencia en su obra principal, conocida como la *Ciencia Nueva*.

Entre las definiciones que Vico nos da respecto de esta ciencia, nos dice que es una *historia ideal eterna, sobre la que transcurren en el tiempo las historias de todas las naciones*. Pero, retomando el punto central de nuestra investigación, podemos preguntarnos: ¿Qué entiende Vico por nación?

Es necesario decir que no encontramos en los textos una definición completa y cerrada. Además de esta dificultad, debemos sumar aquella que surge por la falta de precisión del autor en el uso del término,⁹ por lo que nos limitaremos a rastrear algunas nociones que puedan resultarnos útiles para pensar en él. Entre ellas encontramos, por un lado, la crítica al contractualismo y a su idea de hombre, y, por otro, el esquema común a todas las naciones, constituido por el paso por tres estadios o edades que constituyen la historia ideal eterna.

1. *Crítica al contractualismo y a su idea de hombre.*

El contractualismo es una de las ideas imperantes entre los intelectuales de la época, pero que no seduce a nuestro pensador. No es aceptada ni siquiera como una hipótesis de trabajo, pues al presentar una visión estática y ahistórica del hom-

bre, profesa un modelo demasiado alejado de la realidad como para sernos útil. Decir, como lo hacen Rousseau y Hobbes, que de hecho nunca se realizaron dichos contratos pero que actuamos como si tales acuerdos hubiesen existido, es ignorar que nuestras creencias, conductas y experiencias son lo que son no por obedecer a una ficción histórica, sino porque con anterioridad “fueron lo que fueron, esto es, un estadio dentro de una evolución continua en el tiempo”.¹⁰ Un modelo estático como el del contrato no considera la importancia fundamental de reflexionar sobre el pasado para entender el presente.

Es por esto que, en contraposición a las abstracciones mantenidas respecto de la idea de esencia humana, Vico propone una noción mucho más dinámica. Nuestro pensador sostiene que los hombres hacen su historia y modelan su propia vida en respuesta al entorno físico que los limita y a los diferentes problemas que se les van presentando. En palabras de Isaiah Berlin: “la naturaleza humana, en el curso de su lucha por satisfacer sus necesidades, no puede auxiliarse si no es transformándose a sí misma, de suerte que genera constantemente nuevas características, nuevas necesidades, nuevas categorías de pensamiento y acción”.¹¹ A su vez, el conocimiento histórico del hombre puede ser abarcado desde tres fuentes principales: el lenguaje, la mitología y las antigüedades.

Vico vio con mucha claridad la relación existente entre el uso y la estructura de la lengua de una sociedad y un tipo concreto de estructura política y social, de religión, de leyes, etc. De la misma manera, los mitos son reivindicados por nuestro pensador por ser considerados formas de expresión de lo que sintieron y pensaron ante el mundo los hombres primitivos, son “las primeras historias de las naciones gentiles”, que sólo podemos comprender en la actualidad con un gran esfuerzo de la imaginación.

2. *Tres épocas o edades.*

Vico distingue en su obra tres épocas o edades por las que ha pasado la humanidad. La primera de ellas es la “edad de los dioses”, dominada por los sentidos y la lengua poética, en la que el tronar del fuego y el dios del cielo movieron a los hombres a protegerse en sus cavernas, dando nacimiento a un estado rudimentario de organización social. Se trataba de hombres terribles y violentos, capaces de sobrevivir sólo mediante la más dura disciplina. A pesar de estas condiciones, un sentido básico de temor y vergüenza es lo que les da a estos hombres el impulso para salir de sus orígenes salvajes. Sin estos sentimientos, los hombres nunca habrían podido autocontrolarse, y no hubiera podido surgir ni siquiera un mínimo de civilización.¹²

Pero en ese estado primitivo de civilización hubo siempre tensiones y desigualdades. Los hombres estaban sometidos por aquellos que aún no tenían leyes, los hombres “naturales”, y para defenderse de ellos es posible que se organizaran, y que los más débiles se refugiaran cerca de las familias ya sedentarias en condición de siervos. Es probable también que los padres de familia se concertaran para dominar a estos siervos, formándose la “edad de los héroes” en la que dominaron constitu-

ciones aristocráticas. Al principio los gobernantes eran prudentes y moderados, después abusaron de las leyes y quisieron mantener su lugar privilegiado, lo que lleva a nuevas luchas y desacuerdos. Por último, la “edad de los hombres” está caracterizada por el reconocimiento de la dignidad de los hombres en cuanto seres racionales, en el uso de la lengua tal y como ahora la conocemos, y en la organización de las naciones en repúblicas democráticas.

Según nuestro autor, estas edades no se siguen unas de otras de manera azarosa, sino conforme a un modelo, de modo que cada época surge de su predecesora, siendo a la vez un “desarrollo y una rebelión en contra de ella”.¹³ La historia de la humanidad puede contemplarse como una *historia ideal eterna*, sobre la cual transcurren en el tiempo las historias de todas las naciones, en sus surgimientos, progresos, estados, decadencias y fines. Cada “edad” se caracteriza, a su vez, por su unidad de estilo, por una perfecta correspondencia de todas sus manifestaciones, desde las formas de gobierno hasta sus formas de expresión. Pero del hecho de que cada nación recorra el ciclo de las tres edades no significa para Vico que quede agotada una vez terminada la “edad de los hombres”. De las ruinas de la nación emerge, tras una inevitable crisis, una nueva “edad divina”.

Considero que son las ideas desarrolladas hasta aquí las que pueden darnos algunas nociones respecto de nuestro problema. En primera medida, se desecha la idea de un contrato o pacto original, y lo que impulsa a los hombres a reunirse es, en su etapa primitiva, el temor y la vergüenza que les inspira la chispa divina de la religión, y que los impulsa a abandonar la naturaleza bruta en pos de la “humanidad” o “civilización”.

Por otro lado, al mostrarnos una noción dinámica de hombre, en la que éste nos es inteligible sólo si lo consideramos de manera inseparable de su proceso real de desarrollo (tanto físico como moral y espiritual, así como también, social político y artístico), vemos cómo lo que podríamos llamar “naturaleza humana” sólo es comprensible si pensamos al hombre en relación con otros hombres y con el entorno, interacción que sólo puede ser llevada a cabo en una sociedad.

Ahora bien, ¿existe un único modelo o idea de nación? Creo que la respuesta no es fácil de dar, pero diría que sí, en tanto Vico sostiene que existe un modelo fijo u orden en el desarrollo de las sociedades humanas; en teoría, sólo de los pueblos “gentiles”. Esta historia –el paso por las diferentes edades– es en su estructura como una *Historia Ideal Eterna* y las historias particulares de las naciones transcurren de acuerdo con ella, como si fueran “los peldaños de una enorme y tortuosa escalera con subidas y bajadas”.¹⁴ Cada peldaño de esta estructura nos lleva al siguiente de una manera comprensible, pues todos son necesarios para el desarrollo de la misma entidad. A su vez, cada una de estas naciones, sus leyes y costumbres se desarrollan y modifican en respuesta a factores naturales, a los diferentes problemas planteados y a las metas creadas en la interacción entre los hombres.

II. Herder, consideraciones generales

Herder considera, al igual que Vico, que la materia de la que debe ocuparse la historia es la vida de las comunidades y no las proezas de los individuos. Del mismo modo que aquél, piensa que el lenguaje es una herramienta fundamental para el estudio de las sociedades. Herder da mucha importancia a la poesía y a las canciones populares como fuentes para la comprensión del desarrollo del espíritu humano.

Este autor, sin embargo, mantiene ideas diametralmente opuestas a las de la Ilustración, pues cree que sus modos de plantear y abordar la historia le impide estudiar y comprender cada cultura por sí misma. Cuando delimitamos una “edad” y la describimos con unas pocas generalizaciones podemos quedarnos en categorías vacías, a la vez que se nos escapa la rica realidad de un pueblo. Sólo el estudio paciente y detallado nos abre a la realidad de las sociedades. La historia es una tensión sin fin entre la idea general y lo particular del hecho concreto. Todas las ideas generales son abstracciones peligrosas y desorientadoras aunque inevitables. Debemos cuidarnos de ellas, pues no apreciaríamos acertadamente la importancia de las fases culturales más primitivas si intentamos juzgarlas desde conceptos basados en nuestras concepciones actuales.

Mi intención en este apartado es tomar de este autor aquellas ideas que nos resulten significativas para el tema que nos compete, sus consideraciones sobre el origen de las naciones. Considero que para ello podemos hacer uso del esquema de Berlin, en donde se distinguen las ideas de *populismo* (la creencia en el valor de la pertenencia a un grupo o a una cultura) y *pluralismo* (la insistencia en la inconmensurabilidad de los diferentes valores de las distintas sociedades)¹⁵ para abordar el análisis.

1. *Populismo*.

Respecto esta idea, nuestro autor nos dice que los hombres, para desarrollar plenamente sus facultades necesitan pertenecer a comunidades particulares. Cada una ellas se caracteriza por su propio punto de vista, estilo, tradiciones y lenguaje. No es que Herder no crea que existen rasgos básicos comunes a todos los hombres, pero insiste en que es en las diferencias en donde debemos centrarnos, pues son éstas las que los hacen ser lo que son, en ellas se expresa su genio individual y el de las culturas a las que pertenecen.

Una nación es lo que es por el clima, la educación, las relaciones que establece con sus vecinos y otros muchos factores empíricos. La unidad viene dada en estos grupos por las tradiciones y la memoria compartida, cuyo principal enlace es el lenguaje.

En este sentido es de fundamental importancia la noción de *pertenencia*, pues pertenecer a una cultura, a un grupo, significa pensar y actuar de una manera concreta a la luz de las metas y valores particulares del grupo en cuestión.

2. Pluralismo.

Respecto de este segundo aspecto, podemos decir que puesto que cada una de estas civilizaciones tiene su propia forma de actuar, pensar, sentir y representar, crea sus propios ideales colectivos en virtud de los cuales es una civilización.

Una cultura sólo puede ser verdaderamente comprendida y juzgada en términos de su propia escala de valores, y no desde la de una cultura diferente. Pero por sobre todas las cosas debemos cuidarnos de tratar de comprender tal cultura en términos de algo universal e impersonal; en términos de una escala absoluta. La inconmensurabilidad de los valores de las diferentes culturas y sociedades y, por lo tanto, la aceptación de una posible incompatibilidad de ideales igualmente válidos, tiene como consecuencia la crítica a la idea de hombre ideal y de nación ideal.

Herder rechaza el hábito europeo de menospreciar las civilizaciones y considerarlas inferiores al no corresponder a modelos universales. Juzgar el pasado de acuerdo con categorías propias nos lleva necesariamente a cometer graves distorsiones.

El avance de cada cultura es un desarrollo interno, que ocurre en la consecución de sus propios fines u objetivos. Es por esta razón que resulta inaceptable que una determinada nación imponga a otra un conjunto de valores ajenos. La práctica de la dominación de una cultura por otra, o la eliminación de las culturas locales bajo la apropiación de un conquistador son prácticas dañinas e ineficaces. Herder se manifiesta en contra del imperialismo, y esta actitud nos permite inferir una distinción entre Estado y nación que nos sirve para nuestro análisis. Según el autor, la base del Estado es la conquista; la historia de los Estados es la historia de la violencia: “Toda autoridad ejercida por los hombres, es antinatural. Las auténticas relaciones son las que se dan entre padre e hijo, marido y mujer, entre hijos, entre hermanos, entre amigos, entre hombres”.¹⁶ Son estas las relaciones naturales que hacen plenos a los hombres. La naturaleza crea naciones no Estados. El Estado es un medio para la felicidad de un grupo, y no para la felicidad de los hombres como tales.

III. Alberdi

A raíz de lo expuesto en las dos secciones anteriores, quedan por considerar las influencias de Vico y Herder en el pensador argentino. Como establecimos en la introducción, el hilo conductor de nuestras reflexiones será el problema de la idea de nación.

Para este objetivo nos centraremos en el *Fragmento preliminar al estudio del derecho*¹⁷ así como también en algunas ideas esbozadas en sus *Escritos Póstumos*,¹⁸ texto que nos abre a la originalidad del pensamiento alberdiano.

Es lícito decir que en la lectura encontramos influencias de ambos autores y de las corrientes que representan. En consonancia con ellos, nuestro autor reconoce la importancia de la filosofía de la historia, a la que considera en los *Escritos*

como la disciplina que estudia “el destino de la especie humana”,¹⁹ y en el *Fragmento* como “la teoría de la vida de un pueblo”,²⁰ cuya falta es la fuente de muchos de los problemas que ha encontrado nuestro desarrollo político.

Si bien la finalidad de nuestro autor en este último texto es la de indagar sobre la naturaleza filosófica del derecho, nos sirve a nuestro problema en torno a la idea de nación. Es posible pensar en este fenómeno, nos dice, no como un hecho aislado sino como un aspecto más de la totalidad orgánica de elementos de una sociedad. El elemento jurídico de un pueblo se desenvuelve de modo paralelo a los elementos económicos, religiosos, artísticos y filosóficos de un grupo.

Las frecuentes referencias organicistas son puntos que unen a Alberdi con Herder. La sociedad es considerada como un todo orgánico, y en la armonía de sus diferentes aspectos se constituye la totalidad. En este caso, el derecho es un elemento que forma parte de la vida social y que se desarrolla con ella.

Alberdi nos dice luego que la Naturaleza es *universal y eterna en sus principios, individual y efímera en sus formas o manifestaciones*, y también, que *no se plagia jamás*.²¹ Es necesario, por lo tanto, distinguir lo que hay en ella de esencialmente variable y de invariable. Estas consideraciones preliminares nos permiten acercarnos a las reflexiones del autor respecto de la sociedad y de la nación.

Alberdi considera que, si bien hay principios humanos generales que no varían, las formas de organización sí lo hacen: “se buscan y abrazan los principios, y se les hace tomar la forma más adecuada, más individual, más propia”.²² La constitución de una nación debe hacerse atendiendo a lo que tiene de propia. Una organización que se concentre en esto, está más cerca de la emancipación que aquella que toma formas prestadas.

La filosofía tiene un lugar fundamental en este proceso, pues es la herramienta que posibilita la formación de una conciencia nacional, una conciencia situada que se concentre en lo propio:

“Depuremos nuestro espíritu de todo color postizo, de todo traje prestado, de toda parodia, de todo servilismo. Gobernémonos, pensemos, escribamos y procedamos en todo, no a imitación de pueblo ninguno de la tierra [...] sino exclusivamente como lo exige la combinación de las leyes generales del espíritu humano con las individuales de nuestra condición nacional”.²³

Vemos en este punto cómo en Alberdi el oxímoron civilización-barbarie toma el sentido que Chávez reivindica, pues nuestro autor considera que una nación es civilizada sólo cuando alcanza una conciencia nacional que deja de apropiarse de modelos prestados y que le permite andar sobre sus propias luces y alcanzar sus propios objetivos. Alberdi considera, al igual que Herder, que la lengua es un elemento inherente a la personalidad de cada nación. Es por esto que insiste en la idea de que la len-

gua que hablamos no es pues la lengua española sino hija de aquélla, del mismo modo que la nación argentina es hija de la nación española, pero no un apéndice de ésta. Tan importante resulta marcar este aspecto para la identidad nacional, que nuestro autor nos dice que sostener una tesis contraria (que nuestra lengua es la lengua española) es también decir que nuestros modos, costumbres y leyes no son nuestros sino españoles y que “nuestra patria no es una patria, y que América no es América”.²⁴

La legitimidad de un lenguaje le viene dado del hecho de que cumple efectivamente su función, es decir, que explica, ilumina, convence. Darnos cuenta de esto es conquistar un aspecto más de la emancipación nacional. Es el pueblo el que fija su lengua del mismo modo que fija la ley; y en este punto, ser independiente y soberano es no recibir la lengua sino de sí mismo, del mismo modo que en la política es no recibir normas sino de sí mismo.

Considero que en lo analizado hay una unión muy interesante entre civilización y emancipación, pues la independencia sólo es posible mediante la reflexión sobre una forma nacional propia, y es la filosofía la que debe llevar a cabo esta reflexión. Sólo mediante la razón es posible alcanzar el verdadero genio americano. Tal objetivo es la tarea urgente que propone nuestro pensador para su generación. La independencia intelectual debe completar la independencia material alcanzada por la generación precedente.

La vinculación entre razón y emancipación es un aspecto eminentemente ilustrado. Si bien nuestro autor reivindica la importancia de la Revolución Francesa, no hace apología de las rebeliones. La emancipación es fruto de un largo proceso de civilización y no el resultado de un solo golpe. Ya se ha dado la primera parte del proceso emancipatorio, la parte que nos falta, la emancipación espiritual, será la más lenta y costosa.

Acercándose a Vico, nuestro autor nos dice que en los pueblos hay diferentes edades: teocrática, feudal, despótica, monárquica, aristocrática y, por fin, democrática. Esta estructura es independiente a la voluntad de los pueblos, y no es otra cosa que la marcha progresiva del poder soberano, que debe transitar diferentes instancias para alcanzar ésta última. Como todo en la Creación, los pueblos tienen también sus leyes de crecimiento y de desarrollo, y este desarrollo es el resultado de una serie de transiciones y transformaciones sucesivas.

La edad representativa es la etapa viril de los pueblos, etapa que se ha pretendido –a pesar de la juventud del nuestro– tras los primeros albores de la independencia. A pesar de que la democracia es el fin, y no el principio de los pueblos, la situación de nuestro país se debe a un desenvolvimiento inevitable, originado por las situaciones precedentes. Nuestro continente es el lugar en donde los síntomas progresistas de Europa han tenido y continúan teniendo una realización más completa, por lo que las nuevas repúblicas que pueblan toda América del sur son hijas tan legítimas de las ideas del siglo XVIII como lo es la Revolución Francesa.

Las ideas expuestas en los textos hacen visible una de las principales preocupaciones de este autor, compartida también por sus coetáneos: la necesidad de construir una identidad nacional. Como explica Myers –y vuelvo a reiterar lo expuesto al principio–, este problema era el problema de “la Nación”, cuestión que se intensificaba en un país nuevo como el nuestro, por la *indefinición propia de un Estado de creación reciente*.²⁵

El autor nos permite acercarnos a una concepción de la filosofía que me llamó poderosamente la atención, pues la considero original y adelantada, que nos advierte acerca de la necesidad de que ésta resulte útil para resolver nuestros problemas.

En el texto *Ideas*²⁶ Alberdi describe la situación de la filosofía. Según él, esta disciplina se caracteriza por haberse ocupado principalmente de problemas relativos al origen la naturaleza y los destinos de las cosas; problemas que no poseen una solución única, sino que, por el contrario, una pluralidad de pensadores han esbozado respuestas posibles. La situación de la filosofía es, para el autor, justamente ésa: la ausencia de un sistema único, y por lo tanto la convivencia de muchos distintos. En palabras del autor: “en filosofía, la tolerancia es la ley de nuestro tiempo”.

¿En qué se asienta esta afirmación? Por un lado, en la necesidad de admitir que es imposible dar a semejantes temas una respuesta única; y por otro lado, en el reconocimiento de que las preocupaciones y las interpretaciones de los problemas están pensadas por hombres situados, es decir, individuos condicionados en un momento de la historia.

De esta reflexión se desprende otra de las ideas que considero valiosa: con objeto de ser útil, Alberdi se plantea la necesidad de pensar una filosofía del siglo XIX que sea americana. Para este fin, el autor advierte sobre la importancia de intentar alejarnos de la filosofía extranjera (principalmente de la europea), pues ésta ha surgido de las conmociones propias de su pueblo. ¿Cómo surgirá la nuestra? Pues de la misma manera: las necesidades sociales de nuestro país será la materia prima de nuestra filosofía.

El problema de los destinos humanos, que incluye las formas de organización de sus gentes, de sus recursos, el conocimiento de sus necesidades y la determinación de las obligaciones, forma parte de los problemas que se planteará la filosofía; problemas que la acercan necesariamente al campo de la historia y al de la política. Nuestra disciplina debe ser no ya un conocimiento meramente especulativo, sino, por el contrario, una herramienta para la acción, una filosofía comprometida con el mundo, con la realidad y con los hombres:

“Así la discusión de nuestros estudios será más que en el sentido de la filosofía especulativa, de la filosofía en sí; en el de la filosofía de la aplicación, de la filosofía positiva y real, de la filosofía aplicada a los intereses sociales, políticos, religiosos y morales de estos países.”²⁷

Si bien al principio, tuve la impresión de que para el autor se trataba meramente de un uso instrumental de la filosofía, es decir, que ésta serviría sólo como una herramienta que facilitaría el camino de la política; posteriormente descubrí, por las fuertes aseveraciones del autor, que la filosofía es mucho más que la luz que ilumina el camino de las acciones. Interpreto que se trata, por el contrario, de una especie de elemento vertebrador o estructural de la política misma. La filosofía, según esto, estaría plenamente ligada a todo lo que resulta indispensable para la vida: las artes, las leyes, la industria, la economía y la política.²⁸ Su misión consistiría en vislumbrar las necesidades de la época y, sobre todo, de todo aquello que es necesario para la construcción de la república:

“Que la filosofía moral y especulativa de nuestros días, y de nuestro país, sobre todo, quiere ser adecuada a las necesidades de nuestra época. Que estas necesidades [...] consisten en averiguar cuál será la forma, y la base de la asociación que sea menester organizar en Sud-América...”²⁹.

El autor afirma expresamente que la filosofía tiene un papel sustancial en el progreso y el desarrollo de las naciones: *la filosofía constituye un quinto poder constitucional*.³⁰

Es la tenacidad y la pasión que denotan este tipo de aseveraciones lo que más me admira de los textos de Alberdi. Como mencioné al principio, el objetivo fundamental es el de poder colaborar para construir los cimientos fundamentales sobre los que se desarrollaría la nueva Nación. Una vez fijado el objetivo, teoría y praxis se unirían para llevarlo a cabo. Aquí es donde vemos la interpenetración entre la acción política y la filosofía que debe ser acción:

“La filosofía tiene su imperio, los destinos de las naciones. En este concepto, los gobiernos que velan por los progresos y los adelantos de los pueblos, no deben ser jamás indiferentes a la ciencia que, señalando sus destinos a los hombres y a los pueblos, e impeliéndolos con su autoridad irresistible, constituye la porción más considerable del poder público.”

Bibliografía

ALBERDI, JUAN BAUTISTA, *Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho*, Ciudad Argentina, Buenos Aires, 1998, Prefacio.

_____, *Escritos Póstumos*, Buenos Aires, 1900. (Tomo XV).

_____, *Escritos Póstumos. Cartas de Alberdi al General Juan Lavalle*, Buenos Aires, 1900. (Tomo XIII).

ALBERINI, COROLIANO, *La Metafísica de Alberdi* (1934). En *Archivo Filosófico Argentino*, mayo de 2011 (<http://www.archivofilosoficoargentino.info/alberinimetafisicadealberdi.pdf>).

- BERLIN, ISAIAH, *Vico y Herder*, Cátedra, Madrid, 2000.
- CASTEX, ADELINA, *Alberdi y el Historicismo. Su concepto de Nación*. Actas del primer congreso nacional de Filosofía, Mendoza, Argentina, marzo-abril 1949. Tomo III, pp. 2092 a 2098.
- CHÁVEZ, FERMÍN, *Historicismo e Iluminismo en la Cultura Argentina*, Capítulo (Centro Editor de América Latina), Biblioteca argentina fundamental, 1982. Serie complementaria: Sociedad y cultura.
- _____, *Herder, el alemán matrero*, Nueva Generación, Buenos Aires, 2004.
- LÖWITH, KARL, *Historia del mundo y salvación*, Katz, Buenos Aires, 2007.
- MAYOS-SOLSONA, GONÇAL, "Circunstancias, hombres y pensamientos: a modo de introducción", en ID., *Ilustración y Romanticismo. Introducción a la polémica entre Kant y Herder*, Herder, Barcelona, 2003.

Notas

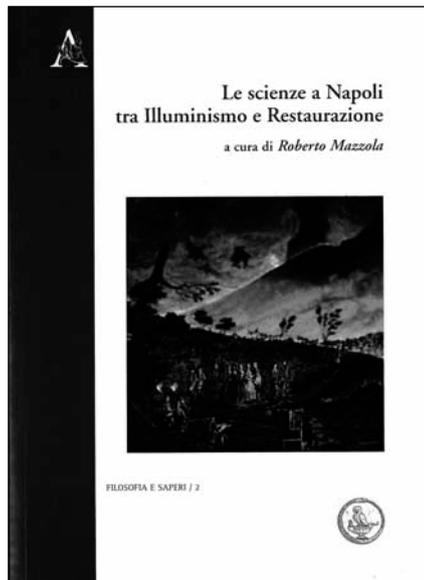
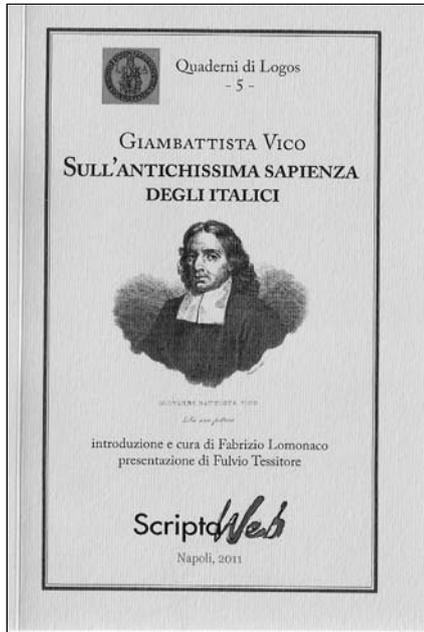
1. F. CHÁVEZ, *Historicismo e Iluminismo en la Cultura Argentina*, Capítulo (Centro Editor de América Latina), Biblioteca argentina fundamental, 1982. Serie complementaria: Sociedad y cultura.
2. *Ibid.*, p. 9.
3. JORGE MYERS, "La revolución en las ideas: La generación romántica de 1837 en la cultura y en la política Argentinas", en *Nueva Historia Argentina* (N. GOLDMAN, dir.), tomo 3: Revolución, República, Confederación (1806- 1852), cap X. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1998.
4. Fermín Chávez dedica todo el tercer capítulo de esta obra a explicarnos que los griegos usaban este término para referirse a todo pueblo no-griego, al "extranjero", al que no "habla mi lengua" o al "extraño a la nación". En el modo como lo usa Sarmiento, el sentido está trastocado, pues, el sanjuanino se refiere con él no a lo extraño o extranjero sino a lo propio, lo que no es europeo.
5. F. CHÁVEZ, *Historicismo e Iluminismo en la Cultura Argentina*, Capítulo Biblioteca argentina fundamental. Serie complementaria: Sociedad y cultura. Primera Parte, p. 16.
6. K. LÖWITH, *Historia del mundo y salvación*, Katz, Buenos Aires, 2007. Cap. VI, p. 147.
7. I. BERLIN, *Vico y Herder*, Cátedra, Madrid, 2000, cap. II, p. 49.
8. Es necesario aclarar que la noción de construcción de estos objetos debe entenderse en un sentido gnoseológico más que existencial. Es el hombre quien hace la historia humana, lo que la hace comprensible para sí mismo y más susceptible de investigación que la naturaleza física. La naturaleza es obra exclusiva de Dios sin intervención del hombre, por lo que sólo Dios tiene un conocimiento adecuado y pleno de la naturaleza.
9. Vico y sus comentaristas usan a veces para las mismas ideas los términos nación, sociedad e incluso humanidad.
10. I. BERLIN, *op. cit.*, cap. IV, p. 77.
11. *Ibid.*, p. 74.
12. Temor y vergüenza son el origen del sentimiento religioso, usados por la Providencia para sacar a los hombres de este estado de salvajismo.
13. I. BERLIN, *op. cit.*, cap. V, p. 89.
14. *Ibid.*, cap. X, p. 119.
15. *Ibid.*, p. 200. El autor analiza una idea más, el "expresionismo" con lo que hace referencia a la doctrina de que la actividad humana en general y, el arte en particular, expresan la personalidad de un individuo o de un grupo. Decidí no desarrollar esta idea del mismo modo que las otras por las limitaciones en la extensión del trabajo, no podré, sin embargo, dejar de mencionar de manera sucinta este aspecto fundamental de la doctrina del autor.
16. *Ibid.*, p. 206.
17. JUAN BAUTISTA ALBERDI, *Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho*, Ciudad Argentina, Buenos Aires, 1998, Prefacio.
18. ID., *Escritos Póstumos*, Buenos Aires, 1900, (Tomo XIII y XV).
19. *Ibid.*, Tomo XV, *Ideas para presidir a la confección del curso de filosofía contemporánea*, p. 609.
20. ID., *Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho*, cit., Prefacio, p. 18.
21. *Ibid.*, Prefacio, p. 20.
22. *Ibidem.*
23. *Ibidem.*
24. *Ibid.*, Prefacio, p. 47.
25. J. MYERS, "La revolución en las ideas: La generación romántica de 1837 en la cultura y en la política Argentinas", citado.

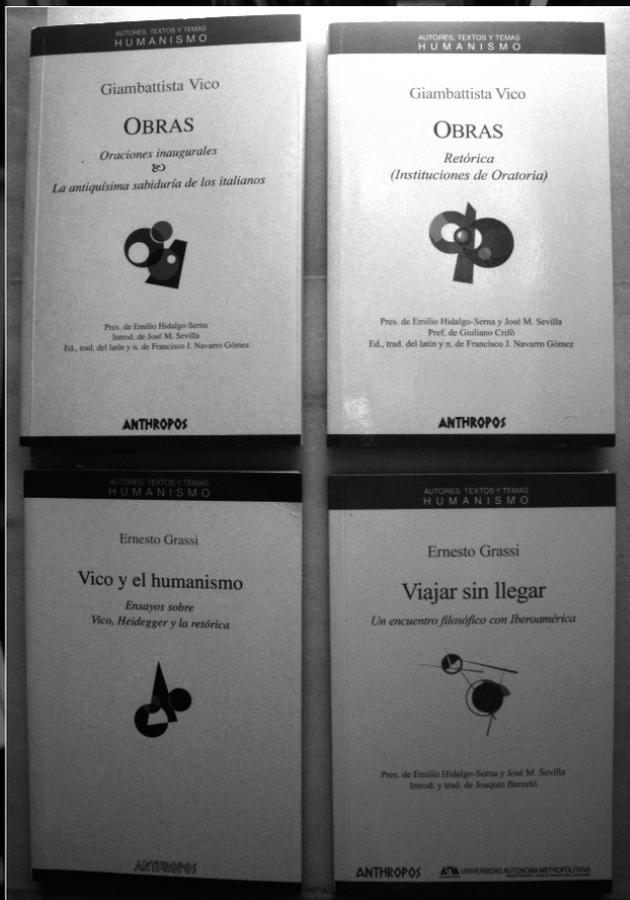
26. JUAN BAUTISTA ALBERDI, *Escritos póstumos*, cit., tomo XV.
27. *Ibid.*, tomo XV, p. 610.
28. *Ibid.*, tomo XIII, p. 126.
29. *Ibid.*, p. 122.
29. *Ibid.*, p. 126.

* * *



Coscenza, 2012





I.S.I.A.
ISTITUTO DI STUDI
LATINOAMERICANI
(PAGANI - SALERNO)

José M. Sevilla

El espejo de la época

Capítulos sobre G. Vico
en la cultura hispánica
(1737-2005)



Presentación de Giuseppe Cacciatore

Prólogo de Antonio Heredia Soriano

 LA CITTÀ DEL SOLE